

momento y prosiguió con voz mas ronca.

—He invertido algunos minutos en lo que acabo de decirte; pero todo pasó por mi mente con la rapidez del relámpago. Corrí las calles como un loco, detuve á muchos embozados, los descubrí con ruda violencia: no eran el francés. El miserable habia aprovechado los instantes que yo me detuve junto á tí y se escapó de mi furor. Perdi una víctima, es verdad, mas no quería perder la otra y corrí presuroso en tu busca, temiendo no hallarte.

—Estaba inmóvil.

—Es verdad. ¡Qué placer tuye al encontrarte! mi cabeza se habia refrescado, y estaba en el caso, Dolores, de asesinarte á sangre fria.

—¡Qué horror!

—¿Te horroriza la muerte?

—No: me causa espanto esa sonrisa que plega tus labios, Manuel.

—Es una sonrisa muy amarga; la sonrisa del que martirizan hilándole los intestinos. Me acerqué á tí, te cogí la mano; esa mano que debia unirse al pie del altar con la mia, y te conduje á este aposento. A pesar de mi frenesí me inspiraste compasion, Dolores: anhelé escuchar tus excusas, pero tus labios se cerraron, y diste pábulo á mi enojo. Mi puñal salió de la vaina.

Dolores echó una tímida mirada al agudo puñal de su amante, se estremeció ligeramente y despues inclinó la cabeza con humilde resignacion: Manuel prosiguió en voz mas baja, siniestra y casi imperceptible.

—El puñal salió de la vaina: ahora brilla en mis manos, Dolores; se levanta sobre tu cabeza.....

Manuel se interrumpió, sus ojos buscaban objetos informes; era entrecortado su aliento, y su cráneo queria romperse. Hizo un esfuerzo extraordinario, y dando un rujido espantoso, capaz de aterrar á una tigre, exclamó.

—¡Sí, ya lo recuerdo: ha estado en casa de Teresa con un infame general francés!

El puñal se elevó á mas altura, Dolores murmuró un ¡ay! doliente; Manuel perdió todo su brio, el puñal cayó de su mano, y abandonando aquel lugar exclamó con voz desfallecida.

—¡Es imposible asesinar á la muger que hemos amado!

CAPITULO XVIII.

Siete dias habian trascurrido desde la partida del jóven rey, dias fecundos en acontecimientos y mas fecundos todavia por los que debian preparar. Fernando dejó constituida una junta suprema de gobierno, presidida por el infante D. Antonio y compuesta de los ministros del despacho D. Gonzalo Ofarril, D. Miguel José de Azanza, D. Sebastian Piñuela y D. Francisco Gil y Lemus. Esta junta debia entender en

todo lo gubernativo y urgente, consultando sobre lo demas con S. M. Fernando VII. Murat, apoyado por un ejército formidable, se encontraba frente á esta junta, y no teniendo que guardar fementidas consideraciones daba rienda suelta á su carácter altivo y exigente á la vez. Estos dos poderes rivales aparecian de manifesto, existiendo una máquina oculta en el apartado palacio del real sitio de San Lorenzo.

Cárlos IV y su amada esposa habitaban en la maravilla que labró Felipe II, custodiados por tropas francesas, al mando del general Budel, y por carabineros reales. En su cámara particular estaba la reina María Luisa leyendo con mucha atencion un papel, en tanto que el rey se paseaba melancólico y taciturno. La reina acabó su lectura, miró al rey y le dijo.

—Cárlos, ¿qué te aflige?

—Esta maldita gota no me permite salir á caza y yo no puedo renunciar á mi diversion favorita.

—Ocúpate, Cárlos, por Dios, en recobrar cetro y corona.

—Eso queda, Luisa, al cuidado del emperador de los franceses.

—Pero si no pones de tu parte poco lograremos.

—Hija mia, hago cuanto manda el gran du-

que. ¿Pero qué estabas ahora leyendo con tan obstinada atencion?

—La órden de la junta de gobierno.

—¿Relativa á qué?

—Al pobre príncipe de la Paz.

—Poco hemos logrado, María Luisa. La junta ha mandado al consejo que suspenda el proceso de Manuel hasta nueva órden de mi hijo; pero yo no estoy satisfecho. Quiero que Manuel quede libre, y quiero tenerlo á mi lado. —

—Si empuñáras otra vez el cetro.

—Entonces volveria á mandar como antes, y yo me dedicaria á la caza sin acordarme de negocios.

—Y yo, dijo para sí María Luisa, hundiria otra vez á esos reptiles que han levantado la cabeza porque me han visto prosternada.

—¿Qué dices, Maria Luisa?

—Digo que es indispensable arrancar el cetro de manos de Fernando.

—Lo que quiera el emperador.

—Lo que quiera el emperador. Es indispensable que lo quiera. ¿Pero no oyes ruido de pasos?

—Ruido de botas con espuelas.

—¿Será algun ayudante del gran duque?

Un ugier abrió la mampara, y Joaquín Murat penetró sin anuncio ni ceremonia.

—¡El gran duque! exclamó la reina.

— ¡El gran duque! repitió el rey: y ambos salieron á su encuentro como dos lacayos sumisos que reciben á su señor.

Murat saludó lijeramente, ocupó al instante el asiento que le presentó Cárlos IV, y dijo con tono imperante,

— Vengo en persona al Escorial por un importante documento.

— ¿Qué ocurre? preguntó la reina.

— Que ha llegado el momento de obrar tirando la máscara, señora.

— Contadnos, gran duque, contadnos.

— Esta mañana llamé á Ofarril.

— ¿Acudiria inmediatamente?

— Acudió, y sin andarme con rodeos, le dije: «Ya es ocasion, señor ministro, de que hablemos con claridad. El emperador de los franceses no reconoce por rey de España á Fernando, el rey de España es Cárlos IV. Tengo instrucciones del emperador para publicar esta proclama.»

— ¿Quedaria sobrecogido?

— Mucho, y me replicó casi temblando:

«¿Qué es esto, monseñor?» Le hice leer entonces la proclama y le dije. «Es una proclama, como veis, en la que Cárlos IV manifiesta que su abdicacion fué forzada, como asi lo comunicó en tiempo oportuno á su aliado el emperador de los franceses, con cuya aproba-

cion y ayuda volverá á sentarse en el trono.»

—¡Bien dicho, gran duque, bien dicho!

—Ofarril quedó mas asombrado y me replicó: «Consultaré á la junta, monseñor.» Entonces le dije: «Hacedlo pronto, señor ministro, pues quedo esperando la respuesta.» Ofarril salió y quedé esperándole con el conde de Laforest. El ministro no se hizo esperar, y volvió acompañado de Azanza.

—¿La junta respondió?

—Sé de memoria su respuesta que está reducida á tres artículos: «1.º Que Cárlos IV y no el gran duque debia comunicarle su determinacion. 2.º Que comunicada que le fuese se limitaria á participarla á Fernando VII. » y 3.º Pedia que estando Cárlos IV próximo á salir para Bayona se guardase el mayor secreto y no ejerciese durante el viage ningun acto de soberanía.» Le repliqué que estaba bien; se alejaron, mandé poner mi silla de posta, y vine al Escorial.

El rey y la reina se miraron, no sabiendo como superar aquel repentino contratiempo, y María Luisa dijo al gran-duque.

—¿Qué debemos hacer, monseñor?

—Dar gusto á la junta, señora. El rey escribirá al infante y yo me encargo de hacerle sufrir tantos sinsabores que desee muy pronto despojarse de su autoridad.

—¿Estais seguro de que Fernando no será reconocido rey por S. M.?

—Estoy tan seguro, señora, como si yo mismo fuera el alma del emperador.

—Le contarán tantas mentiras, le hablarán en tono tan humilde, le harán tantas protestas de amistad, de fidelidad y de cariño; le ofrecerán.....

—No hay que cansarse; está decidido, señora, y Fernando no será rey. Dejémosle seguir su camino y ocupémonos de la junta.

—¿Y si interrumpiese su marcha, si no pasara la frontera?

—En primer lugar, tengo un ejército á mis órdenes para lograr á viva fuerza lo que la astucia no consiga; y en segundo, Savary es un hombre que cumplirá perfectamente las órdenes del emperador. Estad tranquila respecto á Bayona y ocupémonos de la junta.

—Voy á escribir, dijo Cárlos IV.

—¿Qué vas á decir? le preguntó con afán su esposa.

—No lo sé, pero lo iré pensando.

—No, Cárlos. Mejor será que el granduque te note en francés y tú traduzcas al castellano lo que vaya diciendo S. A.

—Me parece bien, María Luisa, si el granduque no se incomoda.

—Estoy pronto, respondió Murat.

La reina se levantó al momento, preparó papel y escribanía, y puso una silla á su esposo junto á la mesa de escribir.

Cárlos IV se sentó en la silla, arregló el papel, tomó la pluma y guardó la actitud sumisa del mas humilde amanuense. Pelayo, Alfonso de Castilla, Fernando de Aragon, habrid los ojos un momento y desde el polvo de las tumbas, contemplareis á un rey de España dispuesto á escribir lo que le dicte un extranjero. Pelayo, Alfonso de Castilla, Fernando de Aragon cerrar los ojos y escondeos bajo el frio polvo de las tumbas; cerrad los ojos y escondeos. Pero antes gritad: «Soy Pelayo, que restauré la monarquía, que no quise doblar la frente bajo el yugo del africano. —Soy Alfonso el emperador que estendi los límites del reino, é hice temblar á las naciones.—Soy Fernando de Aragon, esposo de doña Isabel de Castilla. Contra el portugués y muchos ricos-homes disputamos el brillante cetro de Enrique IV: vencimos de un todo á los árabes y descubrimos un Nuevo Mundo. Conquisté, unido con la Francia el hermoso reino de Nápoles: el francés no encontró buenos límites y la espada del Gran Capitan lo agregó entero á mi corona. A despecho de los franceses me apoderé de la Navarra, y en el interior de mis reinos dominé el orgullo de los

señores, y sobre los escombros feudales asenté el trono de Castilla. Tira esa pluma, Cárlos IV que es mucho para amanuense un rey de España y de sus Indias.»

Los monarcas de la edad media al hablar así no conocían lo que habían variado los tiempos. Cárlos III había firmado en Nápoles un tratado impuesto á la fuerza por un comodoro inglés, Cárlos IV servía de amanuense á Murat, y muy pronto, con un solo rasgo de pluma, borrará á su familia de la lista de los monarcas.

Murat meditó algunos minutos y empezó á notar de este modo.

«Muy amado hermano: El 19 del mes pasado he confiado á mi hijo un decreto de abdicacion....»

Cárlos IV soltó la pluma y dió un quejido lastimero.

—¿Qué tienes? preguntó María Luisa.

—La gota, que no me permite escribir, dijo el rey.

—Es preciso, replicó Murat con tono brusco.

—Es preciso, repitió María Luisa.

El rey recogió la pluma y el gran duque de Berg prosigió.

«En el mismo dia estendí una protesta solemne contra el decreto dado en medio del tumulto, y forzado por las críticas circuns-

»tancias... Hoy que la quietud está restable-
 »cida, que mi protesta ha llegado á las ma-
 »nos de mi augusto amigo y fiel aliado el em-
 »perador de los franceses y rey de Italia, que
 »es notorio que mi hijo no ha podido lograr
 »le reconozca bajo este titulo... declaro so-
 »lemnemente que el acto de abdicacion que
 »firmé el dia 19 del pasado mes de marzo es
 »nulo en todas sus partes; y por eso quiero que
 »hagais conocer á todos mis pueblos que su
 »buen rey, amante de sus vasallos, quiere
 »consagrar lo que le queda de vida en traba-
 »jar para hacerlos dichosos. Confirmo provi-
 »sionamente en sus empleos de la junta ac-
 »tual de gobierno los individuos que la com-
 »ponen, y todos los empleos civiles y militares
 »que han sido nombrados desde el 19 del mes
 »de marzo último. Pienso en salir luego al
 »encuentro de mi augusto aliado, despues de
 »lo cual trasmitiré mis últimas órdenes á la
 »junta. San Lorenzo á 17 de abril de 1808.—
 »Yo el Rey.—A la junta superior de gobier-
 »no.» (1)

Concluido tan estraño documento, el rey se lo entregó á Murat y el gran duque se levantó para marcharse.

—Un momento: dijo la reina.

(1) Memorias de Ofarril y Azanza.

—¿Qué teneis que mandarme, señora.

—No me habeis dicho una palabra del pobre principe de la Paz.

—Es verdad, añadió Cárlos IV.

—Ya habrán visto VV. MM. la resolucion de la junta.

—Sí, la hemos visto, replicó la reina: pero es tan poco.....

—No es muy poco, pues nos permite ganar tiempo. Por lo demas el principe de la Paz estará en Bayona antes que VV. MM.

—¡Será posible! exclamó la reina.

—Es mas que posible, es seguro.

—¿Pero y si la junta se niega?

—Recurriré á la fuerza, señora. Tengo tanto interés como vos en la libertad de Godoy. Tomaré su prision por asalto si es necesario.

—No hagais tal. Le guardan los guardias de Corps, y son capaces de matarlo.

—Me responderán con sus cabezas de la del principe de la Paz.

—Los guardias de Corps son valientes, y y no temerán morir mantando. Buscar otros medios, monseñor.

—El emperador habrá pedido al hijo de VV. MM. la libertad del principe.

—Esperemos, gran duque, esperemos, dijo Cárlos IV.

—Esperemos, repitió temblando María Lui-

sa. Mi esposo y yo no podríamos vivir si muriera el pobre príncipe de la Paz.

—Es verdad, monseñor, añadió el rey. No puedo vivir sin Manuel.

Una sonrisa maliciosa plegó los labios del gran duque, dió nuevas seguridades á los reyes, se despidió militarmente, y entrando en su silla de póstas partió al galope hácia Madrid.

Pocas horas invirtió Murat en el camino y á penas llegado á la córte hizo llegar á manos de la junta la carta del rey Carlos IV. El infante y todos los ministros se encontraron sobrecogidos con un contratiempo que aumentaba lo crítico de la situacion; y como medida de prudencia guardaron el mayor secreto, mandando un espreso al rey Fernando, para que comunicase sus órdenes. El gran duque tenia interés en dar á luz la protesta de Carlos IV, pero se convino á esperar una ocasion mas oportuna.

sa. El esposo y yo no podríamos vivir si mi-
riera el pueblo príncipe de la Paz.
—La verdad, monseñor, añadió el rey. No
puedo vivir sin Manuel.
Una sonrisa maliciosa pliegó las labias del

CAPITULO XIX.



gran duque.
Yos, se despidió
su silla de postas para el galope hacia Ma-

Pocas horas después fluyó en el camino
y á penas llegado á la corte hizo llegar á ma-
nos de la junta la carta del rey Carlos IV. El

Los dos capitanes.

infante y los
sobrecegados con un collar de tiempo que su-
mentaba lo crítico de la situación; y como
medida de prudencia guardaron el mayor se-
creto, mandando un espíes al rey Fernando
para que comunicase sus órdenes. El gran
duque tenía interés en dar á luz la protesta de
Carlos IV. pero se conyó á esperar una oca-

Eran las ocho de la noche del día 21 de abril y se encontraba Luis Daoiz en su casa de la calle de la Ternera, en aquella misma habitacion en que lo vimos toda la noche del día 24 de marzo. Sobre una mesa se veia un pequeño fanal y debajo el marchito ramo de lilas. Luis reclinado en un sofá miraba con amarga pena aquellas flores misteriosas y enjugaba de vez en cuando alguna lágrima de

fuego que habria surcos en sus mejillas. No habia trascurrido un mes aun desde la entrada de Murat , y con todo este mes habia puesto sobre la frente de Daoiz las arrugas de muchos años. Cada meditacion dejaba una huella sobre su rostro , y quemaba cada suspiro la cárdena piel de sus labios. Procuraba encontrarse solo con su dolor y su locura , mas la soledad emponzoñaba las profundas llagas de su alma exacervando sus dolores.

Rosa , la pura y tierna niña , procuraba partir las penas de su hermano , pero este que en los primeros dias no desechaba sus consuelos , concluyó por demostrar desvio y por rechazarla rudamente. Solo un hombre tenia cabida en el corazon de Daoiz , solo un hombre podia reconvenirlo y consolarlo ; era este hombre Pedro Velarde.

La puerta del cuarto de Luis se abrió de pronto , Daoiz alzó la cabeza , despertando de su amargo y penoso sueño , y Velarde se sentó á su lado diciendo al mismo tiempo.

—Luis ; vive Dios ! que estas insufrible con tu eterna melancolía , mucho mas propia de una muger que de un soldado como tú.

—Tienes razon amigo mio ; pero no puedo dominarme. Es tan hermosa , la amo tanto. Su imagen bella me persigue , la veo en mis sueños , la contemplo tan pura como hace tres

años. Solamente que no me sonrie, me mira con airado ceño y despues me vuelve la espalda.

—Estas loco, Luis, estas loco.

—Tienes razon, tienes razon. Estoy loco, loco de atar, y lo que es peor estoy muy débil. En los primeros dias de mi pena tenia fuerzas, tenia valor. Mi aliento quemaba y mis ojos aniquilaban como el rayo. ¿Te acuerdas de la noche del baile? Mi rostro aparecia sereno, aunque el corazon se rompía; mi frente se alzaba con orgullo, y debia tener la hermosa fiereza de Edipo retando á los dioses de Tebas. ¿Te acuerdas, Velarde?

—Me acuerdo.

—Elisa bajaba sus ojos ante los rayos de los míos, y yo contemplaba [al gran duque con un insultante desprecio. Le odiaba de muerte, y este ódio, el deseo de beber su sangre alimentaba mi existencia, daba vida á mi corazon.

—Desprécialo y odialo, Luis.

—No tengo derecho, Velarde, para despreciar al gran duque.

—¿No es tu ribal?

—Sí pero, pero...

—¿No es un francés?

—Hablame asi, es un francés, yo debo odiarlo. Es el enemigo de mi rey, es el azote

de mi patria, el cuñado del usurpador. ¡Guerra á Murat y á los franceses, guerra á muerte, guerra, Velarde!

Luis se reanimó de repente; sus miradas centelleantes tenían el fulgor del relámpago, y su frente abatida se alzó con imponente magestad.

—¡Bien, Luis! exclamó el fiel Velarde, ahora eres un hombre, un soldado, y sobre todo un español.

—Hablemos solamente de eso, con tus palabras me reanimo y soy otra vez hombre.

—¡Ay, Luis! ¡tus fatídicas profecías se van á cumplir muy en breve!

—¿Cunde la traicion?

—De un modo espantoso. ¿No sabes nada?

—Nada se, Velarde, y soy extraño á cuanto pasa á mi alrededor.

—Pues préstame mucha atencion. El príncipe de la Paz, Luis, está camino de Bayona.

—¿Es posible, Pedro, es posible?

—Si, Daoiz, y con agravantes circunstancias. Escucha de qué modo han pedido á la junta suprema de gobierno la libertad del príncipe.

Velarde sacó un papel manuscrito y leyó.

«Habiendo S. M. el emperador y rey manifestado á S. A. el gran duque de Berg, que el príncipe de Asturias acaba de escri-

»birle diciéndole que le hacia dueño de la
 »suerte del príncipe de la Paz, S. A. me en-
 »carga en consecuencia que entere á la jun-
 »ta de las intenciones del emperador, que le
 »reitera la órden de pedir la persona de este
 »príncipe y de enviarle á Francia.

« Puede ser que esta determinacion de
 »S. A. R. el príncipe de Asturias no haya
 »llegado todavia á la junta. En este caso se de-
 »ja conocer que S. A. R. habrá esperado la
 »respuesta del emperador, pero la junta com-
 »prenderá que el responder al príncipe de As-
 »turias seria decidir una cuestion muy dife-
 »rente; y ya es sabido que S. M. I. no pue-
 »de reconocer sino á Cárlos IV.

« Ruego pues á la junta se sirva tomar es-
 »ta nota en consideracion, y tener la bon-
 »dad de instruirme sobre este asunto para dar
 »cuenta á S. A. I. el gran duque, de la reso-
 »lucion que tomase.

« El gobierno y la nacion española solo ha-
 »llarán en esta resolucion de S. M. I. nue-
 »vas pruebas del interés que toma por la Es-
 »paña porque alejando el príncipe de la Paz,
 »quiere quitar á la malevolencia los medios
 »de creer posible que Cárlos IV volviese el po-
 »der y su confianza al que debe haberla per-
 »dido para siempre; y por otra parte la junta
 »de gobierno hace ciertamente justicia á la

» nobleza de los sentimientos de S. M. el em-
 » perador que no quiere abandonar á su fiel
 » aliado.

«Tengo el honor de ofrecer á la junta las
 «seguridades de mi alta consideracion.—El
 «general y gefe del estado mayor general,
 «Augusto Belliard.—Madrid 20 de abril de
 «1808.» (1)

Velarde alargó el papel á Luis, éste lo entregó maquinalmente y se lo devolvió á su amigo. La noble ráfaga de entusiasmo que reanimó á Luis un momento se fué estinguendo poco á poco á su doloroso abatimiento. Velarde lo estuvo contemplando largo tiempo con extraordinaria amargura, le sacudió ligeramente y le dijo.

—¿De qué nos ocupábamos, Daoiz?

(1) En estos términos se anunció la resolucion de la junta de gobierno:

«El rey N. S. haciendo el mas alto aprecio de los deseos
 «que el emperador de los franceses ha manifestado de disponer
 «de la suerte del preso D. Manuel Godoy, escribió desde luego á
 «S. M. I. mostrando su voluntad de complacerle, asegurando S. M.
 «de que el preso pasaria inmediatamente la frontera de España,
 «y que jamás volveria á entrar en ninguno de sus dominios.

«El emperador de los franceses ha admitido este ofreci-
 «miento de S. M., y mandado al gran duque de Berg que re-
 «ciba el preso y lo haga conducir á Francia con escolta segura.

«La junta de gobierno instruida de estos antecedentes y
 «de la reiterada espresion de la voluntad de S. M. mandó ayer
 «al general, á cuyo cargo estaba la custodia del citado preso,
 «que lo entregan al oficial que destinan para su conduccion el
 «gran duque; disposicion que ya queda cumplida en todas sus
 «partes. Madrid 21 de abril de 1808.»

—Nos ocupábamos.... Ya me acuerdo, del príncipe de la Paz.

—¿Y te adormeces cuando se trata de la patria?

—¡Oh! perdóname, Pedro, perdóname. ¡Tengo tanta pena en mi alma! Ya voy reuniendo mis ideas. Ese papel, que aprieta tu mano, es una comunicacion del gefe de estado mayor Belliard; una comunicacion insultante, llena de groseras mentiras. Decir á una autoridad que gobierna en nombre de Fernando VII, que no se reconoce á Fernando es anularla, es destruirla. ¿Y qué ha contestado la junta?

—El anciano Lemus se opuso con la firmeza de un marino, pero accedieron los demás, aunque la desaprobó el consejo.

—¿Y Godoy está libre?

—Sí. Inmediatamente se mandó un espreso al castillo (1) de Villaviciosa, para que el marqués de Castelar entregase á las tropas francesas la persona del preso príncipe. El marqués no podia dar crédito á resolucion semejante é inmediatamente vino á Madrid á cerciorarse por sí mismo. Su desengaño fué completo cuando el infante don Antonio le dijo. «En la entrega del príncipe de la Paz consiste que sea mi sobrino rey de España.»—

(1) Memoria de Ofarril y Azanza.

«Señor, le replicó el marqués, pido á V. A. que no hagan los guardias de Corps la entrega del principe sino los granaderos, y que me admita la dimision de mi destino.» El infante no condescendió: á las once de la noche fué entregado el preso en manos del coronel francés Martel, é inmediatamente tomaron el camino de Bayona.

—¿Pedro?

—Aun hay mas. «Ayer se presentó al consejo el impresor Eusebio Alvarez de la Torre y avisó que dos agentes franceses habian estado en su casa con el objeto de imprimir una proclama de Cárlos IV.»

—¿Y qué dice en esa proclama?

—Esa proclama contiene, Luis, una protesta de Cárlos IV, en la que afirma que su abdicacion fué forzada. En una palabra, es una copia de la carta que dirigió á su hermano el infante D. Antonio, fecha 17 del corriente.

—Bien auguraba yo, Velarde.

—Las tramas de Joaquin Murat y de las reinas madre é hija no son un misterio para nadie y estan tan claras para mí como la luz de esa bujía.

—¿D. Arias Mon te dará noticias?

—D. Arias Mon no sabe la mitad que yo, y lo que es peor no me da crédito. Tengo un conducto muy seguro.

—Habla, Pedro.

El jóven capitán tendió sus miradas por la estancia, y aproximándose mas á Daoiz, como si temiera ser oído, dijo.

—Tú sabes el respeto profundo, la admiración que me inspiraba el emperador de los franceses. Dedicado á la noble carrera de las armas, he procurado conocer bien á los capitanes ilustres, estudiando á fondo sus historias y pesando con fiel balanza el mérito de sus hazañas. En mi entusiasmo de mancebo ansiaba conocer los héroes, y lloraba mil y mil veces porque no podía conseguirlo. La revolución francesa llegó, yo era un niño pero fuí creciendo con ella. En el sitio de Tolon hallé un comandante de artillería mas hábil que los generales y mas intrépido que los soldados. Trazé su nombre en mi memoria, y en el colegio repetía á cuantos querían escucharme.» Yo quiero ser un oficial como Napoleón Bonaparte. «Trascurrieron muy pocos años, y ví al comandante de artillería transformado en general en jefe de los ejércitos de Italia. Su genio creador organizó un ejército desmoralizado, y con sus soldados desnudos venció á las tropas aguerridas muy superiores en número de los Feld Mariscales austriacos. Napoleón, vencedor en Italia y negociador en campo-Formió, admiró al mundo

en su célebre campaña de Egipto: le ví llegar de ella triunfante, y sentarse en la silla curul de los cónsules. Sieyes y Roger Ducós se eclipsaron ante aquel astro esplendoroso, que con los troféos de sus victorias levantó el trono de Carlo-Magno y empuñó el cetro de los Césares. Marengo, Austerlitz, Jena consagraron el consulado y el imperio, y fué creciendo mi idolatría hácia el capitan de nuestro siglo. Yo miraba nuestra alianza con el emperador de los franceses como una inmensa felicidad; estaba deseando batirme, y esperaba tener alguna parte en la gloria de nuestros guerreros aliados. Envidiaba á los oficiales que á las órdenes de la Romana iban á batirse en el Báltico, y hubiera dado años de vida por haber podido decir estuve en Austerlitz y Jena. En cumplimiento del tratado de Fontainebleau tropas francesas atravesaron el Pirineo para dirigirse á Portugal; las ví entrar sin desconfianza, y sentí mucho que mi destino no me permitiera hacer parte de las divisiones españolas. Nuevas tropas francesas pasaron sin autorizacion la frontera, y me disgustó esta conducta: despues ví que se apoderaban de nuestras mejores fortalezas, este modo de proceder me causó desprecio y enojo: el príncipe de la Paz me envió al cuartel general del gran duque, llegué allí con mi desconfianza, y fuí adqui-

riendo cada dia pruebas de la traicion de los franceses. Volví á Madrid con mis sospechas convertidas en certidumbre, y me dediqué á organizar en cuanto permiten mi destino, mi graduacion y escaso influjo la resistencia que será preciso oponer un poco mas tarde ó mas temprano. Tengo, Luis, algunos borradores, escritos de mi puño y letra, y en ellos indico varias ideas relativas á la colocacion que se debe ir dando á nuestras tropas para ponerlas á cubierto de un golpe de mano imprevisto; discurro sobre la reunion del material de nuestro ejército en puntos proporcionados á su custodia: sobre el modo de inutilizar clandestinamente lo que no puede menos de caer en poder de nuestros enemigos, y sobre otros objetos de defensa. He visto al ministro de la guerra, le he manifestado francamente los trabajos de que me ocupo y las intenciones que me animan. Ofarril no ha combatido mis ideas, pero no me parece dispuesto á apoyarlas. En cambio muchos oficiales estan prendados de mi proyecto y algunos lo secundarán. De parte de los enemigos se me han hecho ofertas brillantes y se me agasaja con esmero. El gran duque de Berg me ha hecho concurrir muchas veces á su alojamiento, me ha convidado á comer varias, y he aceptado dos por no parecer sospechoso.

Las conversaciones de los gefes me han confirmado mas y mas en que se traman pérfidos planes contra la dinastía de los Borbones, me han preguntado si quiero pasar al servicio del emperador, y éste no reconoce á Fernando VII por rey de España. Aqui tienes, Daoiz, manifiesta la conducta de tu amigo Velarde: ¿qué me respondes?

Luis habia escuchado con escrupulosa atencion el largo relato de su amigo; en algunos momentos brillaban sus negras pupilas, pero en otros bajaba la frente bajo el peso de su dolor. Haciendo un esfuerzo sobre sí, y violentándose en algun modo respondió á Velarde.

—¿Por qué no me has contado antes cuanto acabas de referirme?

—Porque te he visto siempre, Luis, abrumado bajo tus penas: porque tu pensamiento está fijo en una idea desgarradora: porque sacrificas á tu patria en las aras de una muger.

—¡Jamás, gritó Luis; jamás, Velarde! Habla, dime qué puedo hacer. ¿Es necesario toda mi sangre? ¿El sacrificio de mi vida puede ser útil á mi patria?

—Sí, Luis.

Daoiz se levantó de su asiento, cogió la mano de Velarde, y poniéndola sobre su corazon, dijo con voz firme: